

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 777 Jueves 27 de Julio de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **El Rey tiene un as en la manga (si quiere usarlo)**, *Ramón Pérez-Maura*
- ✚ **Las expectativas**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Carta abierta a los directivos de colegios que usan tabletas**, *Catherine L'Ecuyer*

El Rey tiene un as en la manga (si quiere usarlo)

Para mí la cuestión es –y nada me gustaría más que estar equivocado– si el Rey se va a someter al oprobio de que el presidente de su Gobierno autorice referendos sobre independencia en Cataluña y País Vasco

Ramón Pérez-Maura (*El Debate*)

Las elecciones del pasado domingo nos han puesto en una situación que es nueva, pero no tanto. Se parece bastante a la de 2016. Comparemos una y otra. El candidato más votado ahora es el del Partido Popular, Alberto Núñez Feijóo a quien cabe suponer que el Rey, siguiendo la costumbre establecida, ofrecerá que intente formar Gobierno. Dada la mayoría que hay en la Cámara, lo normal es que Feijóo fracase en su intento. En 2016, fruto de las elecciones de diciembre de 2015, la situación era similar. El Rey, en la primera consulta para formar Gobierno de su reinado, encargó a Mariano Rajoy que lo hiciera. Rajoy declinó la oferta.



Así que el Rey, cumpliendo con el artículo 99.1 de la Constitución, hizo el encargo a Pedro Sánchez que sí lo aceptó y fracasó en las Cortes. Este precedente es perti-

nente hoy, porque el artículo 99.4 establece que «Si efectuadas las citadas votaciones no se otorgase la confianza para la investidura, se tramitarán sucesivas propuestas en la forma prevista en los apartados anteriores». Pero en el único caso en que ha fracasado una investidura, el Rey prefirió aplicar el artículo 99.5: «Si transcurrido el plazo de dos meses, a partir de la primera votación de investidura, ningún candidato hubiere obtenido la confianza del Congreso, el Rey disolverá ambas Cámaras y convocará nuevas elecciones con el refrendo del Presidente del Congreso».

El Rey se enfrenta a un dilema clave para su reinado. En 2019 encargó a Sánchez formar Gobierno con sólo el respaldo de Podemos y sin la seguridad de qué otros votos iba a lograr para ser elegido presidente. Ahora el Rey y todos los españoles sabemos que tiene el apoyo de unos partidos que quieren romper España y convocar un referendo inconstitucional. Y el Rey tiene un mandato constitucional para defender la unidad de la patria y el cumplimiento de la Constitución que le inviste.

Los tres poderes tradicionales de un Monarca parlamentario eran: el de disolución, el de dirimir un empate y el del veto a las leyes. En nuestra Monarquía parlamentaria al Rey sólo le queda el segundo de ellos. Y en esta hora tiene



una decisión trascendental: puede no ofrecer a Sánchez la candidatura a la Presidencia del Gobierno tras un eventual fracaso de Núñez Feijóo, o se enfrenta a la opción suicida de aceptar su candidatura en segunda instancia y que

forme Gobierno con los que ya han anunciado que su precio es celebrar un referendo para acabar con la unidad de España. Paso que el Rey, con el amparo de la Constitución, creo que no debería dar. Porque si se empieza a hacer referendos sobre la segregación de España se estará dando pasos hacia lo que busca Sánchez: un referendo sobre la Monarquía.

Yo creo que el objetivo de Sánchez de acabar con la Corona está mucho más cerca después del 23 de julio. Para mí la cuestión es –y nada me gustaría más que estar equivocado– si el Rey se va a someter al oprobio de que el presidente de su Gobierno autorice referendos sobre independencia en Cataluña y País Vasco –vestidos con disimulo para que Conde Pumpido los avale– y después de esa indignidad, cabizbajo, tenga que aceptar un referendo sobre la institución que encarna. O que, alternativamente, mantenga la cabeza alta, amparado por la Constitución y se oponga a todas estas maniobras del sanchismo triunfante. Probablemente el final sería el mismo. Pero en el primer caso con profunda indignidad y en el segundo con la cabeza alta y el honor a salvo.

Las expectativas

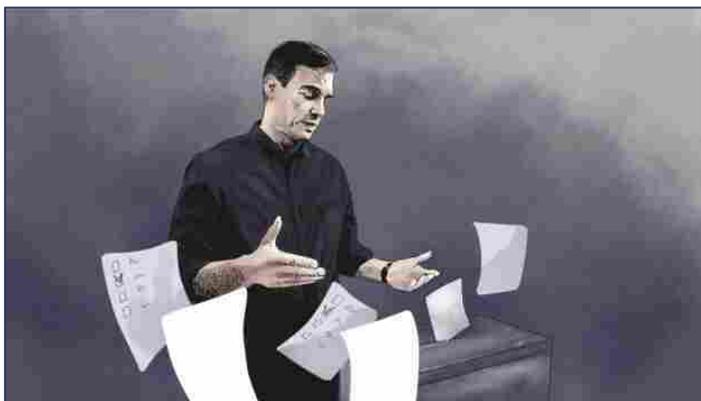
Soy veterano y saltan mis alertas en cuanto me descuido y aún sin descuidarme. No poco de lo ocurrido se ha debido a errores de bulto

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

Regué en estas páginas el riesgo de pucherazo, que nos lleva a otra época, pero Sánchez, que según él nunca se equivoca y goza de vara alta ante el Olimpo, al anunciar la fecha de las elecciones generales adelantó que le acusarían de pucherazo. Y contra todas las encuestas aseguró una y otra vez que las ganaría. Para él ganar las elecciones no es tener más escaños que los demás sino contar con una base para situar la pértiga que le ascienda a la formación de un Gobierno, de cualquier Gobierno, sea con quien sea. ZP ya dijo en un mitin que habría sorpresa; otro que habla con el Olimpo desde su infinito. Y eso sucedió el domingo. Sánchez se consideró vencedor ante gritos tan anacrónicos como «no pasarán». Lo que ya resucitó ZP.

Si yo fuese Feijóo –supongo que lo estará pasando mal y lo siento no sólo políticamente; también por el conocimiento de años– haría comprobar todas las actas de las mesas electorales firmadas por sus interventores y las compararía con las remitidas por la empresa, por cierto amiga y con cúpula recientemente renovada, encar-



gada de la gestión informática. No me apunto a la manía conspiranoica pero me extraña, como ciudadano, que todas las encuestas se equivocasen cuando esas tareas demoscópicas se hacen a miles de personas distintas, en diferentes fechas y en toda España. Esa coincidencia a distancia para

anunciar un voto distinto al que luego emiten es raro. Y no digo más.

El PP hizo una campaña regular. Feijóo se entregó a lo largo y ancho de España a menudo con tres mítines al día, pero no bastó. Puedo asegurar que cuando figuré, en compañía de personas rigurosas, en equipos electorales de campaña lo del «verano azul», con Sémper descalzo en una playa de pega, no se hubiese producido, ni el candidato se hubiese rectificado a sí mismo por un matiz en el asunto de las pensiones –si siempre fue según el IPC o unas veces sí y otras no–, mientras su principal adversario político se mantuvo rampante en la mentira y sólo admitió el error de negar el peaje en las autovías para asegurar que no lo pondría en práctica pese a ser propuesta de su Gobierno, y lo hizo tras la denuncia de la UE.

Soy veterano y saltan mis alertas en cuanto me descuido y aún sin descuidarme. No poco de lo ocurrido se ha debido a errores de bulto. Por ejemplo, en Cáceres y Badajoz el primer partido ha sido el PSOE, por poco pero el primero. No creo que sean ajenos los tiras y aflojas de María Guardiola, por cierto elegida por Egea en la etapa pre-Feijóo, que contrarió, o al menos sorprendió, a una parte del electorado que, pasado desde el voto socialista, no esperaba trifulcas de parvulario. Extremadura, salvo en las elecciones de 2011, siempre tuvo gobiernos del PSOE. Igual que no entiendo la urgencia en llegar a pactos de gobierno en Comunidades en las que el pacto estaba asegurado. Estirar los tiempos hubiese dejado al socialismo sin algunos argumentos machacones. Compárese con la astucia, llamémosla así, de María Chivite en Navarra. Sabe que necesita a Bildu pero congeló los pactos hasta después de las elecciones.

Las expectativas no se han cumplido. ¿Cómo no creer unas encuestas coincidentes, incluso tan cercanas en escaños estimados? Y de todas las empresas demoscópicas solventes. Salvo rarísimo error general las expectativas re-



resultaban reales. Habrá que reflexionar qué pasó. Fui en una ocasión miembro del Jurado del Premio Cervantes y varias del Premio Reina Sofía. Me acojo a Juan Gelman, que ganó esos dos premios y sufrió en su sangre la dictadura argentina. Escribe: «Hay períodos de la historia, como el que atravesamos, donde las expectativas de cambio retroceden a zonas

pantanosas. Pero la misma historia demuestra que hay flujos y reflujos y que la expectativa vuelve». Confiemos en ello.

He de referirme a las otras expectativas, a las de ahora. ¿Qué puede ocurrir? Sánchez, para desgracia del país, no es González ni Rubalcaba. Ni será leal ni seguirá los usos democráticos hasta ahora: que gobierne el más votado. Bloqueará al vencedor. Y luego hará su ensalada con los ingredientes que se le ofrezcan, incluso traerá en Falcón a Puigdemont y le indultará. No mentirá; serán cambios de opinión. Y me temo que, en paralelo, convoque referendums en el País Vasco y Cataluña. Para apañar la Constitución ya está Conde Pumpido. Feijóo hace bien adelantando que ante el Rey anunciará su intento de investidura. No se entendería que no lo hiciese. Si el PNV fuese inteligente aprovecharía la ocasión para quitarse el aliento en la nuca a que le somete Bildu. Que valore los resultados del domingo en su tierra.

En coyunturas como ésta mi admiración por nuestro Rey constitucional crece. Conocerá sin duda quienes son algunos de los socios de Sánchez y no ignorará sus posiciones sobre la Constitución y la Monarquía. Municipios conver-

tidos en republiquillas de atrezo, exclusión de la bandera nacional de los edificios oficiales, persecución al idioma común. A consentir todo eso y mucho más y de mayor gravedad lo considera Sánchez pacificar Cataluña. Algo parecido puede decirse del País Vasco. Si llega un ladrón a tu casa y le das lo que te pide y un abrazo, obviamente se pondrá contento y te devolverá el abrazo aunque te calles si te dice que lo volverá a hacer. Y nadie ignora que en sus sueños Sánchez se ve residiendo en el Palacio de Oriente tras la estela de Manuel Azaña aunque con mucho menos caletre.

Carta abierta a los directivos de colegios que usan tabletas

Catherine L'Ecuyer (*La Razón*)

Muchos padres están preocupados por las implicaciones de la sustitución de los libros por las tabletas. A lo largo de los últimos 10 años, he recibido cientos de correos y mensajes de padres desesperados y desolados porque el colegio de sus hijos ha decidido introducir las tabletas sin darles opción a una línea no digital. Algunos de sus hijos van a la escuela pública y no tienen recursos económicos para permitirse otra opción; otros van a la concertada o a la privada y lamentan que no se les haya dado alternativa. En general, deploran la ausencia de pluralidad educativa en ese aspecto.

En vista de las recomendaciones médicas y de la bajada del nivel académico, el gobierno sueco acaba de anunciar su intención de reducir el tiempo que sus alumnos pasan ante la pantalla y aboga por una vuelta a los libros en papel.

¿Por qué llamar a la precaución? Hoy por hoy, no hay conjunto de evidencias suficientes que avalen el uso de las tabletas en las aulas. Hace una década, cuando las grandes empresas tecnológicas empezaron a hacerse con el mercado



educativo, Larry Cuban, profesor emérito de Educación de la Universidad de Stanford, afirmaba: «Hay insuficiencia de pruebas que justifiquen emplear dinero en eso. Punto. Punto. Punto». Desde entonces, la situación es parecida, si descartamos los estudios financiados por empresas tecnológicas, o de poco rigor (ausencia de grupo de control, muestra no representativa, indicadores subjetivos como «gusta más», etc.).

Como «gusta más» a los alumnos, asumimos que tendrán mejores resultados. Pero el hecho de que algo guste no quiere decir que sea educativo, ni siquiera que sea bueno para ellos. Los bollos industriales también les gustan. En cualquier caso, esos mejores resultados nunca llegan porque la motivación que

miden esos estudios no es el interés por aprender, sino una fascinación pasiva ante los estímulos frecuentes e intermitentes. La mente aún inmadura del niño se vuelve pasiva y dependiente ante la pantalla cuyos algoritmos llevan las riendas.

¿Perderán el tren profesionalmente nuestros hijos por no usar una tableta con 4, 8 o 12 años? ¿Cuesta tiempo aprender a manejar esos dispositivos? A las dos preguntas, la respuesta es «no». ¿Qué sentido tiene, entonces, que inviertan años claves de su escolarización aprendiendo a usar una tecnología programada para la obsolescencia? Steve Jobs no dejaba a sus hijos usar el iPad y muchos ejecutivos de empresas tecnológicas mandan a sus hijos a un colegio que hace bandera de no usarlas. Consideran que la tecnología no es neutra y saben que varios estudios relacionan uso de la pantalla y multitarea tecnológica con la dificultad de filtrar lo relevante de lo que no lo es, el aumento de la hiperactividad, la impulsividad, el deterioro de la atención. Saben que puede deshumanizar el aprendizaje, empeorar la lectura comprensiva online



con respecto a la lectura en papel, interferir con el aprendizaje de la lectoescritura, generar adicción, superficialidad del pensamiento, mal funcionamiento de la memoria de trabajo, acceso a contenidos inapropiados, etc. La élite cognitiva y económica ha optado por permitirse el lujo de las relaciones interpersonales.

Mientras no se demuestren los beneficios pedagógicos y la ausencia de efectos perjudiciales del

uso de las tabletas en las aulas la carga de la prueba recae en el que defiende su uso (y es doble), prudencia y transparencia son necesarias. Igual que los médicos reportan las donaciones que reciben de las farmacéuticas, los colegios deberían reportar los obsequios que reciben de las tecnológicas. No olvidemos que ese sector patrocina gran parte de la investigación y de los congresos educativos, compra publicidad en los medios de comunicación y en las revistas educativas, creando un estado de opinión favorable a sus intereses económico y difundiendo eslóganes tecnológicos que pueden distorsionar la efectividad de la educación y de la mediación parental. Están en pleno conflicto de interés.

Las aulas son un lugar sagrado y los directivos de colegios tienen la inmensa responsabilidad de marcar la línea roja de lo que debe o no entrar en ellas. Pedir a las tecnológicas que proporcionen una herramienta educativa es como pedir a Pizza Hut que haga el menú de los comedores escolares.

En 1996, Steve Jobs decía: «Había llegado a pensar que la tecnología podría ayudar a la educación. Pero llegué a la conclusión inevitable de que el pro-

blema no es uno que la tecnología pueda esperar solucionar. Lo que no funciona con la educación no se arregla con la tecnología. La cantidad de tecnología no tendrá el más mínimo impacto». ¿Qué hubiera ocurrido con Mozart, Picasso, Aristóteles o Dante, de haber caído uno de estos dispositivos en sus manos con 8 años?

Las ventajas de la tecnología en la edad adulta son innegables. Nuestros hijos y alumnos acabarán usando las tecnologías cuando las necesiten y tienen la suficiente madurez para poder hacer uso de ellas de forma responsable y con sentido. Pero ante el entorno de cambios continuos, lo que a menudo falta en el joven usuario es el criterio, el sentido de relevancia y las certezas que le permiten entender el valor y la originalidad de la información. La verdadera preparación para un buen uso de las tecnologías reside en la comprensión



del contexto, que no se desarrolla en un entorno descontextualizado como es Internet. Es la sólida formación humanística la que permitirá al joven hacer frente con sentido a la abundante información que se le ofrece en el mundo digital. Por tanto, mientras nuestros niños no hayan recibido esa formación humanística, la mejor preparación

al mundo online que podamos ofrecerles se encuentra en el mundo offline. En el mundo real.

El uso continuo de la pantalla en los niños empieza ahora a crear alarma social. Se multiplican las demandas a empresas tecnológicas por el aumento del daño a la salud mental de los menores. Hay que decirlo claro y alto, la educación online no ha revolucionado la educación. Es más, muchos lamentan la bajada en los resultados académicos a raíz de la pandemia. La digitalización de las aulas es un experimento a gran escala y los padres no han estado informados de los riesgos que conllevaba esa situación. Ahora, muchos de ellos se sienten defraudados. Los que participaron en la toma de decisión de firmar contratos con grandes empresas tecnológicas para introducir las tabletas en sus aulas tienen la responsabilidad de informar acerca de los riesgos que implican sus decisiones. Difícilmente se podrá compartir la responsabilidad de esos riesgos con quienes hayan vendido los trastos.

Alegarán que vosotros, no ellos, sois los expertos en educación y se lavarán las manos. Hay que reconocer que es temerario aventurarse a convertir la tableta en un vehículo pedagógico sin evidencias contundentes a favor. Somos unos cuantos que llevamos 10 años advirtiendo de los riesgos implicados y me temo que no somos los únicos en contemplarlos: mirad las cláusulas de exclusión de responsabilidad que están en los contratos que habéis firmado con esos gigantes tecnológicos.